

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Cualquiera estará de acuerdo en que cien años es demasiado tiempo para un futuro. Hasta en la Edad Media, donde supuestamente todo estaba inmóvil para siempre, las cosas cambiaban a mayor velocidad de lo que se supone. ¿Quién iba a imaginar, en el año 1010, que antes del fin de ese milenio el papa Urbano II iba a promover las Cruzadas? Esto cambiaría profundamente a Europa y al mundo. Con más razón hoy, entonces, donde las comunicaciones ayudan a que todo se acelere.

Sin embargo hay variables, que dependen de la decisión humana (el libre albedrío), que hasta un punto pueden preverse. Incluso los que creen en la astrología admiten que un horóscopo puede cambiarse para bien o para mal.

Con lo anterior quise decir que un país (al igual que un ser humano considerado de manera individual) tiene varios caminos, todos muy distintos y a veces hasta opuestos, para seguir. Si Argentina no equivoca el rumbo tendrá un futuro luminoso.

Cuando yo era estudiante había entre nosotros grandes enfrentamientos alrededor de la obra de Jean Paul Sartre. Algunos decían que era un negativo y un charlatán, poco menos que un monstruo. Otros, por el contrario, lo calificaban de luminoso y genio. ¿Pero saben qué?: todos lo habíamos leído. A mí los libros me salvaron la vida y no creo ser el único caso. Leyendo *La edad de la razón*, de Sartre, comprendí que yo estaba haciendo todo lo contrario a lo que necesitaba; que si seguía así jamás iba a conseguir para mí una porción de felicidad.

El problema de hoy es que cada vez se lee menos y esto pone en grave peligro la civilización humana. Las computadoras, la Internet, fueron inventadas para aliviar el camino del hombre, para mejorar la ciencia e incluso la cultura. Claro está que el Anti-ser (que algunos llaman Príncipe de las Tinieblas), en su infinita sabiduría, poco tardó en apoderarse de estos instrumentos. Hará unos dos años que se hizo un estudio en Corea del Sur, entre chicos de doce a diecisiete años. Se determinó que, entre ellos, los que más sabían de Internet y computadoras, eran los que tenían notas más bajas en el secundario. Por otra parte, no habían leído una sola novela en sus vidas y tampoco pensaban hacerlo. Es más: lo proclamaban orgullosos.

He sabido de quien ya se consiguió cinco novias en Suecia. Lamentablemente él no va a viajar a ese país ni ellas a la Argentina.

Chatear inútilmente con otros tontos ocultos igual que uno equivale a la suma de “ene” ceros: siempre será igual a cero. El vacío textual.

¿Saben por qué cayó la Unión Soviética? Por falta de imaginación. En teoría alguien que piensa dedicarse a la ingeniería no necesita leer cuentos o novelas. Pero no es así, puesto que la ficción enseña a imaginar. Si -por ejemplo- no tenemos economistas imaginativos, a la economía de las naciones (sostén de todo lo que hacemos) le espera un futuro desastroso.

Este pronóstico sombrío, que le cabe no sólo a la Argentina sino a todas las naciones, no es inevitable. Todo depende de los padres: si desean para sus hijos (y por lo tanto para la Patria) vidas más felices y completas deberán habituarlos a la lectura. Nunca se insistirá lo bastante en la importancia de esto.

Argentina ha sido (desde hace mucho tiempo) una gran exportadora de científicos. Estudian y se reciben aquí pero se van a otros países. Ciertamente no lo hacen por malos y desagradecidos, sino por falta de condiciones para el trabajo del investigador y del ingeniero. Esto podría corregirse a nivel Estado. Pequeñas, medianas y grandes empresas necesitan estímulo. Esto sólo puede darse con una política de impuestos bajos. Creo que fue el economista Laffer el que estableció una curva doblemente asintótica. En la abscisa puso los impuestos y en la ordenada la recaudación. Su conclusión fue ésta: subiendo los impuestos a la larga se recauda menos; bajando los impuestos a la larga se recauda más. De modo que al propio Estado le conviene. El pensamiento de Laffer es fácil de comprender: excesivos impuestos estrangulan al productor. Con bajos impuestos termina por recaudarse más porque las empresas prosperan y se multiplican. Así, justo por haber bajado los impuestos, mi recaudación será mayor.

Ya es así hoy, en parte, pero en unas pocas décadas el lenguaje que hablen los expertos en Internet será más incomprensible que el turco. En treinta años los “iniciados” en esta nueva religión mirarán a los *hackers* de hoy con infinito desprecio, considerándolos unos ignorantes. Poco menos que si se tratase de gente del neolítico.

Y es precisamente este lenguaje de secta una de mis grandes preocupaciones. Secta, ésta, que exalta lo virtual por encima de lo concreto.

Hoy pululan los juegos electrónicos entretenidísimos y perfectamente inútiles. A esos jugadores y “Maestros” de doce años más les valdría leer *Pinocho*, de Carlos Collodi.

Hay algo difícil de comprender, pero más vale que las naciones lo entiendan rápido, si queremos preservar la civilización. ¿Para qué sirven *La edad de la razón* de Sartre, *El manantial* de Ayn Rand, *El lobo estepario* de Hermann Hesse, *La Dama Gris* de Hermann Sudermann, *El golem* de Gustav Meyrink y *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury? Para construir fábricas, satélites y usinas.

La ficción es el motor secreto de la realidad productiva. Sin capacidad de imaginar dejará de existir la medicina como ciencia, la física teórica, la economía, la abogacía y todo lo demás.

Aún estamos a tiempo de tener un buen y fuerte tercer centenario argentino. Pero para ello es necesario comprender que el año 2110 empieza hoy, en algún día del año 2010. “Una jornada de mil *li* empieza a nuestros pies” (Lao Tsé. *Tao Teh King*).

También nos dice el sabio chino: “Gobierna como si estuvieses fritando pescaditos”. ¿Qué significa? Poco aceite, poca intervención, unos pocos minutos. Esto es: si no lo traban con excesivos impuestos, el pueblo comercia y soluciona sus asuntos.

No puedo dejar de decir al menos unas palabras sobre las tarjetas de crédito y los teléfonos celulares.

A mi entender las tarjetas son una comodidad que resulta cara. Se puede sobre pasar con mucha facilidad (y, de hecho, se sobre pasa) la zona roja. Se gasta más de lo que se gana y esto pone en peligro la economía familiar. Lo mismo ocurre con las naciones. Crece la deuda interna y la externa y después nos agarramos la cabeza. La solución clásica de los gobiernos, para salir del mal paso (como la costurerita), es subir los impuestos. Ya hablamos de esta medida y de todo lo que tiene de distorsivo.

La Gran Depresión del año veintinueve sobrevino por la especulación y el exceso del crédito. Hay ahora una nueva crisis. Parece que tanto los gobiernos, como las personas individualmente consideradas, nada aprendieron del pasado. Hasta hace pocos años, en los EE.UU. tuvo lugar una orgía de préstamos tóxicos para la vivienda. Eran ventas a plazo otorgadas con mala intención. Los que firmaban, con la ilusión de la casita propia, no leían la letra chica. Era obvio para los gerentes que otorgaban, pero no para los firmantes, que no podrían llegar con felicidad al último pago.

Sé que el presidente Obama está interesado en aumentar la vigilancia bancaria para que estos sucesos no se repitan. Sólo puedo decir: ojalá el Presidente tenga éxito. Son muchos y muy fuertes los que se oponen a todo tipo de control.

El mercado inmobiliario es una parte demasiado importante de la economía para permitir que los tramposos jueguen con él.

No voy a hacer nombres, pero años atrás tuve el honor de escuchar las palabras de uno de los más grandes científicos que hayamos tenido. Me expresó un concepto que para mí resultó extraño: “¿Me quiere decir, Laiseca, para qué sirve darle tanta velocidad a los coches? Cuando yo era chico los automóviles no sobrepasaban los cincuenta kilómetros por hora. Llegábamos igual, más seguros y hasta disfrutábamos del paisaje. Hoy se va a ciento cuarenta, todo para no llegar a ningún sitio”.

Confieso que las palabras de este hombre me resultaron excesivas. Nada dije, no obstante, por respeto y prudencia. Cuánto me alegro porque ahora pienso igual que él. Antes, con menos velocidad, sí se llegaba porque había esencia y propósito.

Algo parecido ocurre con los famosísimos teléfonos celulares. Hemos llegado a una verdadera histeria en la comunicación. Más se habla y menos se entiende la gente. El proceso de distracción que se está viviendo es muy peligroso.

Hace muchos años un grupo de científicos argentinos creó la primera computadora de América del Sur. Si la memoria no me es infiel trabajaron (a pulmón, por cierto) José Babini hijo, Manuel Sadowsky y otro. De su propio bolsillo pagaron su viaje a Londres, por barco, de dos de ellos. Ya en esa ciudad compraron material de rezago destinado a fundición. Volvieron con su preciosa carga a la Argentina y, en un loft, construyeron nuestra primera computadora. A válvulas, por cierto, pues aún no se había inventado algo mejor.

El mantenimiento de este aparato (de bastante buena memoria para la época) era costoso, porque con mucha frecuencia las válvulas se quemaban. Ese loft parecía un pequeño país sometido a bombardeo enemigo.

¿Por qué cuento todo esto? Para recordar a todos que buenos y abnegados científicos siempre hubo en este país.

Deliberadamente en el pasaje que sigue no voy a hablar del daño sufrido por el arte. El golpe de Estado del general Onganía significó la casi extinción de la ciencia en Argentina. De este daño aún no nos hemos recuperado del todo. Se desmanteló aquello que se había armado con tanto sacrificio y patriotismo. Muchos científicos emigraron no porque temieron por su seguridad personal, sino porque las condiciones para la investigación ya no eran propicias. Cuando un estudiante de Exactas, por el solo hecho de serlo, es considerado sospechosísimo, es evidente que algo no marcha bien. No deseo ahora hablar de la versión corregida y aumentada del Proceso, así como tampoco de algún que otro gobierno civil que descuidó su deber de poner a la ciencia en intensiva.

Sé que el CONICET es apoyado en este momento. Eso es algo muy de agradecer. Sin embargo el daño recibido en décadas anteriores ha sido tanto que se requiere pensar en esfuerzos extraordinarios a nivel gubernamental.

Yo soy hombre del interior. Nací en Rosario pero no me crié ahí sino en un pueblo llamado Camilo Aldao, al sureste de la provincia de Córdoba. De esta manera yo, pese a todo el respeto que me merecen tanto Rosario como los rosarinos, soy cordobés.

Mi pueblito fue fundado hace 114 años. Cuando yo era chico la zona era agricolganadera. La cantidad de vacas que teníamos era lo bastante importante como para enviar todos los años, en camiones (nunca tuvimos ferrocarril), ganado en pie al mercado a término a Rosario.

Lo recuerdo como si fuera hoy y han pasado casi cincuenta años. Durante el gobierno de facto del Dr. Guido (los militares acababan de dar un golpe contra Frondizi y pusieron como jefe de Estado títere al Presidente de la Suprema Corte), el desgobierno respecto de la ganadería fue tal que un par de zapatos de cuero llegó a valer más que una vaca. Los productores, desalentados, liquidaron su stock ganadero. Nos dejaron con vaquitas suficientes como para abastecer a las carnicerías del pueblo y para, cada tanto, comer un asado en las chacras. Pero nada más. Camilo Aldao pasó a ser exclusivamente agrícola. Teníamos la cosecha fina (trigo) y la gruesa (maíz). También algún otro cereal.

A mí, de chico, la maestra me enseñó en la escuelita fiscal, que “el ahorro es la base de la fortuna”. ¿Saben ustedes cuál es la base del ahorro argentino? Nuestras chacras. Nadie sostiene la estupidez de que la patria debe ser exclusivamente agricologanadera. Debemos tener industrias y laboratorios de investigación que den trabajo a nuestros ingenieros, médicos, físicos teóricoprácticos y a todo el resto de los científicos. Pero yo, como hombre de pueblo digo que hay que escuchar los reclamos del chacarero pues éste es el ahorro de la fortuna del futuro. Que nunca más un par de zapatos valga más que una vaca, porque así no hay estímulo.

La escritora norteamericana Ayn Rand habla en sus libros a favor del egoísmo. Esto resulta chocante hasta que se lo entiende. Nosotros aceptamos el egoísmo protector que beneficia a todos. ¿Pero de qué se trata? Cuando el Estado permite un aumento legal de riqueza en los particulares, toda la Nación se beneficia por el asunto de empleos y la multiplicación de empresas. Si en nuestro campo, por ejemplo, han aumentado las ganancias por buenas cosechas (voy a decir algo raro) es el momento de bajar los impuestos. Recordar Ley de Laffer.

Unos cuatro años atrás anduve por el sur de Córdoba. Había soja sembrada hasta en las macetas de las abuelitas. Yo, a la soja, la llamo cariñosamente “la peste verde”, porque empobrece rápidamente la tierra. Los chacareros no son ni malos ni tontos. Cuando hacen algo es porque carecen de suficientes estímulos para la siembra de los cereales tradicionales.

Entonces: si volvemos a la recomendación de Lao Tsé, el sabio chino, nada impedirá que tengamos un futuro venturoso: “Gobierna como si estuvieses fritando pescaditos”. Poco aceite, poca intervención, unos pocos minutos. Ya lo dijimos: si no lo traban con excesivos impuestos, el pueblo mismo comercia y soluciona sus asuntos.